

Ciencia ideal

El doctor Queraltó continúa su apostolado; va de pueblo en pueblo en busca de las muchedumbres a quienes predicar la buena nueva.

Con su ciencia se ha hecho un ideal. Un ideal que le ha costado angustias, sufrimientos, persecuciones, que con sus uñas, mejor, con sus garras,—como la Quimera de quien nos habla Baudelaire,—se clava en sus espaldas, desgarrando sus carnes y pretende abatir su energía; su altivez de hombre.

* * *

En los viejos libros sagrados, el alma de los pueblos iba escribiendo todo cuanto en religión, en moral, en filosofía, en ciencias, en artes recogía su experiencia. Era el alma verdadera de un pueblo que se perpetuaba en máximas y leyes. Todo cuanto allí había escrito, era santo y sagrado, eran todas sus ansias y todos sus anhelos; era toda su propiedad y era todo su amor; era el bien del pueblo, era todo el pueblo que allí se esculpía. Tanto la religión, como la filosofía, como la ciencia, como el arte, formaban un todo homogéneo, y aquel todo era su ideal, era su sangre, era su carne, su espíritu.

Aquel disolvióse, el alma de los pueblos se dispersó; cada fuente del saber formó reino aparte. Las Ciencias pretendieron desentenderse del Ideal de los hombres, se volvieron impasibles a sus sufrimientos, sordas a sus ansias. Construyeron un templo que tenía todas las andanzas de un castillo roqueño; allí los sacerdotes se encerraron y en casta aparte, aislados de todos, buscaban la esencia de las cosas, el secreto que esconden los mundos en su seno y que debía revelar el origen y el fin del Universo.

Pero el pueblo necesita un Ideal; no le basta saber que algún día los

del templo almenado le revelarán el misterio del mundo. Necesita para sus brazos algo muy alto hacia donde dirigirlos, necesita para sus ojos una mirada que repose en el Infinito. Tiene en su alma el anhelo de los constructores de la torre de Babel que pretendían escalar la morada de los dioses. Su cuerpo se consume en la tortura de dolores terribles y necesita consuelo para su cuerpo, fe para su alma. La religión no le satisface, su dios se ha hecho humilde con los poderosos, bravío contra él; en los viejos libros no reconoce su espíritu que se dispersó, que escapó a su mirada al levantar el vuelo.

Por eso hay que hacer un nuevo Ideal para los hombres. Hay que devolverle lo que le perteneció en otros tiempos; hay que entregarle su alma, su vieja alma, que padeció sufrimientos y ansias a través de los siglos, que andaba perorando hundiéndose sus pies en las arenas del desierto, sin que por eso abandonara el arca santa en donde se encerraban sus santas creencias.

* * *

Este es el apostolado del Dr. Queraltó, devolver la Ciencia al pueblo. Devolvérsela no, en forma de popularización estúpida, fría, en donde un pedante explica ante una multitud una ciencia sin alma, sino devolvérsela con un espíritu humano. Que sea un ideal, que sea una fuente de amor y de justicia. Que encierre dentro de sí como los viejos libros sagrados todos sus anhelos y orgullos. Que sirva de consuelo para su sufrir, que sirva de esperanza para su redención. Una ciencia en la cual el pueblo se reconozca, que como un dios penate sea su protección en su hogar. Que la vea ante sí, que pueda interrogarla, que pueda amarla como se ama a la esposa, que pueda bendecirla como se bendice a la ma-